

desde ese dia resolvió reconstituirse en un punto fortificado, donde esperar los auxilios que le pudieran dar de Guadalajara ó San Luis. Para esto eligió el edificio llamado la Alhóndiga de Granaditas, que el mismo Riaño habia hecho construir para depósito de semillas, y contando con los abundantes recursos de un mineral de importancia como el de Guanajuato, que durante su administracion habia estado en su opulencia, formó verdaderamente un castillo, que en esta vez creyó utilizar para su defensa, y no fué sino para derramar en él su sangre con otras muchas víctimas que fueron asesinadas bajo las espaciosas bóvedas de aquella fortaleza, creyendo encontrar allí su salvacion.

Después de que Riaño tomó su determinacion para esto sin descubrirla á nadie, y preparó su plan segun lo habia combinado en su mente, en la noche del dia 24 hizo trasladar á él la fuerza con que contaba para su defensa, los caudales reales, que en pesos y barras de plata pasaban de un millon de pesos, los archivos de las oficinas, y mandó cegar los fosos que se habian abierto en toda la ciudad, arrasando tambien las trincheras. Al amanecer el dia 25 toda la poblacion se alarmó con esta inesperada resolucion, y multitud de familias de las mas acomodadas, se refugiaron á la alhóndiga, llevando allí sus caudales, con lo cual se acumuló una riqueza, que se calcula pasaba de tres millones. La alhóndiga dominaba la entrada principal de la ciudad; pero á su vez estaba dominada por los cerros del Cuarto y el de San Miguel que se elevan á mucha altura, al Norte y al Sur de aquel edificio: sin embargo, Riaño creyó poderse defender allí y esperó el terrible golpe que lo envolvió en su última ruina, y que dió tanto incremento á la revolucion.

El ayuntamiento y muchos de los vecinos principales, desaprobaron la conducta de Riaño y pretendieron tener una sesion á la que asistiese el mismo intendente, para

hacerlo desistir de aquel proyecto que creyeron ser la ruina de la ciudad. Graves fueron las razones que se alegaron para contrariar el proyecto de Riaño; y se tenia tan seguro su mal éxito, que el mayor Berzabal hombre de grandes conocimientos militares, escribió á su muger anunciándole la catástrofe de Granaditas, en la cual moriria él víctima de la disciplina militar. La resolucion del intendente, siguiendo el parecer de su hijo D. Gilberto Riaño, fué invariable: se levantaron tres trincheras para cerrar las avenidas que conducian á la alhóndiga; y en ella se acopiaron víveres y municiones de guerra, sustituyendo las granadas de mano con los frascos de azogue, que se llenaban de pólvora y metralla, haciéndoles un agujero estrecho por donde pasaba la mecha con que se debia comunicarles el fuego.

Aunque un secreto presentimiento presagiaba su fin al intendente y se dispuso á morir como cristiano, aun daba pábulo á la esperanza que brillaria en el fondo de su alma como la pálida luz de una centella próxima á extinguirse. Con fecha 26 puso una comunicacion á Calleja que le habia ofrecido ir pronto en su auxilio, y para pintar lo angustiado de su situacion y la amargura que corria por su espíritu le decia. «Los pueblos se entregan voluntariamente á los insurgentes. Hicieronlo ya en Dolores, San Miguel, Celaya, Salamanca, Irapuato; Silao está pronto á verificarlo, aqui cunde la seduccion, faltó la seguridad, faltó la confianza: yo me he fortificado en el parage de la ciudad mas idoneo, y pelearé hasta morir, si no me dejan con los quinientos hombres que tengo á mi lado. Tengo poca pólvora, porque no la hay absolutamente, y la caballería mal montada y armada sin otra arma que espadas de vidrio, y la infantería con fusiles remendados, no siendo imposible que estas tropas sean seducidas: tengo á los insurgentes sobre mi cabeza: los viveres están impedidos,

los correos interceptados. El Sr. Abarca trabaja con actividad, y V. S. y él vuelen á mi socorro, porque temo ser atacado de un momento á otro. No soy mas largo, porque desde el 17 no descanso ni me desnudo, y hace tres dias que no duermo una hora seguida.»

Al mismo tiempo que se tocaba este resorte para pedir el pronto socorro de las fuerzas de Calleja, se queria inclinar el ánimo de la poblacion en sentido favorable, y para eso el mismo dia 26 se hizo publicar el decreto de la regencia de 26 de Mayo en que abolia el pago de tribus. Esta medida publicada en tiempo oportuno, habria producido tal vez algun efecto, por lo ménos se habría tenido como un acto de justicia; pero en las críticas circunstancias que se sacó á luz se tuvo como la neta espresion del miedo, y esto determinó el ánimo de muchos del pueblo á decidirse en contra de los españoles.

Al siguiente dia 27 quiso Riaño hacer manifiesta la fuerza con que contaba para desbaratar el golpe de la revolucion y sacó á la plaza sus quinientos hombres, donde en vez de dar una prueba de su fuerza, todo el mundo conoció la debilidad en que estaban, y esto sin duda determinó á muchos á esperar con ansia el momento de que la plaza fuera atacada, para cooperar á la destruccion de aquellos pocos que se habian encastillado en el edificio de Granaditas.

Al siguiente dia 28 de Setiembre como á las nueve de la mañana, se presentaron á la trinchera de la calle de Belen el coronel D. Mariano Abasolo y el teniente coronel D. Ignacio Camargo, entregando una comunicacion que Hidalgo dirigia de la hacienda de Burras, previniendo al intendente se rindiese y entregase á los españoles que con él estaban, cuyos bienes se debian ocupar hasta que se hiciesen en el gobierno las modificaciones que se creyesen necesarias, para lo cual estaba autorizado por haber sido pro-

clamado capitán general de América, por cincuenta mil hombres en los campos de Celaya. Como el intendente pidiese consultar con sus compañeros la contestacion, Abasolo se volvió á encontrar el ejército que avanzaba sobre la ciudad, y camargo con los ojos vendados fué conducido á la alhóndiga para esperar la respuesta.

El intendente formó en lugares separados á los soldados del batallon provincial y á los españoles armados, leyéndoles la intimacion que le habia dirigido el cura Hidalgo, y los españoles todos manifestaron su resolucion de morir antes que entregar su libertad y bienes; y como los soldados del batallon á la voz de su comandante, victorearon al rey, Riaño contestó negándose á la solicitud de Hidalgo, y en aquellos momentos dirigió á Calleja su última comunicacion. "Voy á pelear porque voy á ser atacado en este instante; resistiré cuanto pueda porque soy honrado: vuela V. S. á mi socorro, á mi socorro. [1]"

Riaño distribuyó ya su gente como convenia para el próximo ataque y la gente del pueblo comenzó á ocupar las alturas que circundan la ciudad y dominaban la fortaleza de los españoles. Antes de las doce se dejó ver ya al frente de la plaza el numeroso gentío que acompañaba á los gefes de la independenciam: los diversos grupos de gente á pié sin organizacion en su formacion, ni uniformidad en su armamento, pasaban de veinte mil hombres, y la caballería de dos mil compuesta de los escuadrones del regimiento de la reina y la gente de campo de las haciendas. Esta muchedumbre se aumentó luego con la gente del pueblo que esperaba su llegada para unírseles, y empezó á ocupar las alturas dominantes de la fortaleza de Granaditas y los edificios mas próximos á las trincheras que cerraban sus avenidas.

1 Bustamante, cuadro hist. tom. 1.º fol. 25.

Por desgracia de los sitiados, la primera víctima que se contó entre ellos, en los primeros momentos del ataque, fué su gefe el intendente Riaño: D. Carlos Bustamante en su cuadro histórico refiere, que el centinela de la puerta abandonó el fusil y notándolo el intendente, lo fué á tomar y empezó á hacer fuego con él, pero Alaman tiene como improbable esta especie, y fundándose en el dicho de D. José María Bustamante, ayudante de Riaño, expone de diverso modo el acontecimiento. Dice que como el mayor número de enemigos se agolpaba por la calle de los Pozitos, creyó Riaño reforzar la guardia de aquella trinchera y para el efecto llevó el mismo veinte hombres, y al volver de esta operacion, al subir los escalones de la entrada de la fortaleza, recibió un balazo sobre el ojo izquierdo, de que cayó muerto en el acto.

Una de las imprecaciones de los sitiados, fué no haber previsto este caso desgraciado, que por esta circunstancia sus consecuencias fueron mas funestas, pues luego se introdujo la division, capaz de causar la ruina, aun entre un ejército que no estuviera orillado al borde de un abismo, como lo estaban los desgraciados que se hallaban en Granaditas. A la muerte de Riaño, quiso sucederlo en el mando el asesor de la intendencia Lic. Manuel Pérez Valdés, fundándose en la ordenanza de intendentes, á la vez que el mayor Berzabal citando en su apoyo la ordenanza militar, tambien quiso reasumir el mando, como que él era el oficial de mayor graduacion en aquel pequeño ejército.

Mientras los gefes principales así perdian el tiempo, cuyos momentos preciosos corrían inútilmente, la muchedumbre que ocupaba el cerro del Cuarto, hacia sentir una fuerte descarga de piedras y al mismo tiempo el ataque se generalizaba por todas partes, estando los sitiados en una verdadera confusion, pues por la falta de un gefe,

todos mandaban y ninguno obedecia. Con tan desfavorables circunstancias, no pudieron resistir el ataque, y gradualmente fueron perdiendo terreno, abandonando primero las trincheras, y despues la azotea de la alhóndiga. Entonces fué tal el empuje que hicieron los asaltantes, que llegaron hasta las paredes de la fortaleza, sin que los de adelante tuvieran libertad de volver á atras, pues el mismo peso de la muchedumbre los hacia avanzar, y de este modo arrollaron la caballería que estaba situada fuera del castillo. Trajeron tercios de combustible para poner fuego, á la vez que otros cubiertos con lozas, practicaban barrenos en los cimientos del edificio. El hijo del intendente, animado de venganza por la muerte de su padre, no pensaba sino en derramar la muerte en aquella multitud frenética, á la vez que el asesor por otra parte hacia ver á los asaltantes una bandera blanca; pero viendo que esto no era bastante para contener el furor del pueblo, quiso hacer salir por una ventana á un soldado y hasta un sacerdote, para que trataran de capitulacion; pero el primero antes de llegar al suelo fué destrozado, y el segundo, lleno de heridas apenas pudo escapar entre la multitud, sin que le sirviera de salvaguardia el llevar en la mano la imágen de Jesucristo Crucificado, de la que aun tuvo que servirse como arma ofensiva.

Al fin el fuego consumió la puerta del castillo, y aunque una descarga de los de dentro, causó la muerte á los primeros que aparecieron en ella, el impulso de los de atras, hizo entrar á los de adelante por sobre los muertos; y á pesar del peligro, los soldados se defendieron en un ángulo interior del edificio, hasta que acribillados de heridas cayó el mayor Berzabal; y con su muerte ya no hubo quien pensara defenderse. Los españoles que defendian la hacienda de Dolores, quisieron hallar su salvacion en la fuga; pero no habia un palmo de tierra, que no estu-

83

viera ocupado por los enemigos, y todos perecieron ó muertos á manos de los asaltantes, ó ahogados en una noria que les sirvió de último atrincheramiento.

«La toma de la Alhóndiga de Granaditas, dice el Sr. Alaman, fué obra enteramente de la plebe de Guanajuato, unida á las numerosas cuadrillas de indios conducidas por Hidalgo: por parte de este y de los demas gefes sus compañeros, no hubo ni pudo haber, mas disposiciones que las muy generales de conducir la gente á los cerros y comenzar el ataque: pero empezado este, ni era posible dar órden alguna, ni habia nadie que la recibiese y cumpliese, pues no habia organizacion alguna en aquella confusa muchedumbre, ni gefes subalternos que la dirigiesen. Precipitándose con extraordinario valor á tomar parte en la primera accion de guerra que habian visto, una vez comprometidos en el combate los indios y gente del pueblo no habia que volver á atras, pues la muchedumbre pesando sobre los que precedian, les obligaba á ganar terreno y ocupaba en el instante el espacio que dejaban los que morian.»

«Dueños los insurgentes de la Alhóndiga, dieron rienda suelta á su venganza: los rendidos imploraban en vano la piedad del vencedor, pidiendo de rodillas la vida: una gran parte de los soldados del batallon fueron muertos; otros escaparon quitándose el uniforme y mezclándose entre la muchedumbre.

«Entre los oficiales perecieron muchos jóvenes de las mas distinguidas familias de la ciudad y quedaron heridos otros gravemente, entre ellos D. Gilberto Riaño que murió á pocos dias, y D. José María y D. Benigno Bustamante: de los españoles murieron muchos de los mas ricos y principales vecinos..... Los que quedaron vivos, desnudos, llenos de heridas y atados con cuerdas, fueron llevados á la cárcel pública que habia quedado

REVISTA DE HISTORIA

UNIVERSIDAD DE MICHIGAN
BIBLIOTECA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
MICHIGAN

82

desocupada por haber puesto en libertad á los reos, teniendo que atravesar el largo espacio que hay desde la Alhóndiga para llegar á ella, por entre una multitud desenfrenada que á cada paso los amenazaba con la muerte. Cuéntase que para evitarla, el capitan D. José Joaquin Peláez logró persuadir á los que lo conducian, que Hidalgo habia ofrecido un premio en dinero porque se lo presentasen vivo, y que así consiguió ser custodiado con mayor cuidado en aquel tránsito peligroso.»

«Cálculase variamente el número de muertos que hubo por una y otra parte: el de los insurgentes se tuvo empeño en ocultarlo y los enterraron aquella noche en zanjas que se abrieron en el rio de la Cata, al pié de la cuesta. El ayuntamiento en su esposicion lo hace subir á tres mil; Abasolo en su causa dice que fueron muy pocos: esto no me parece probable y lo primero lo tengo por muy exagerado. De los soldados murieron unos doscientos y ciento cinco españoles.....»

«Entregose la plebe al pillage de todo cuanto se habia reunido en la alhóndiga, y todo desapareció en pocos momentos. Hidalgo quiso reservar para sí las barras de plata y el dinero, pero no pudo evitar que lo sacasen y despues se les quitaron algunas de ellas á los que pudieron encontrar, como pertenecientes á la tesorería del ejército y que por esto no debian ser comprendidas en el saqueo. El edificio de la alhóndiga presentaba el mas horrible espectáculo: los comestibles que en él se habian acopiado estaban esparcidos por todas partes: los cadáveres desnudos, se hallaban medio enterrados en el maíz, el dinero y todo manchado de sangre. Los saqueadores combatian de nuevo por el botin y se daban muerte unos á otros. Corrió entonces la voz que habian prendido fuego en las troges y que comunicándose á la pólvora iba á volar el castillo: los indios se pusieron en fuga y la gente de á caballo cor-

ria á escape por las calles, con lo que la plebe de Guano juato, que acaso fué la que esparció esta voz, quedó sola dueña de la presa, hasta que los demas, disipado el temor volvieron á tomar parte en ella.»

«La gente que habia permanecido en los cerros en expectativa del resultado, bajó para participar del despojo, aunque no habia concurrido al combate, y unida con la demas y con los indios que habian venido con Hidalgo, comenzó en esa misma tarde y continuó por toda la noche y dias siguientes el saqueo general en las tiendas y casas de los europeos de la ciudad, mas desapiadadamente que lo hubiera podido hacer un ejército extranjero. Alumbraban la triste escena en aquella noche funesta, multitud de teas ú ocotes, mientras que no se oian mas que los golpes con que echaban abajo las puertas, los feroces alaridos del populacho que aplaudia viéndolas caer, y se arrojaba como en triunfo á sacar efectos de comercio, muebles, ropa de uso y de toda clase de cosas. Las mugeres huian despavoridas á las casas vecinas trepando por las azoteas, y sin saber todavia si en aquella tarde habian perdido á un padre ó á un esposo en la alhóndiga, veian arrebatarse en un instante el caudal que aquellos habian reunido en muchos años de trabajo, industria y economia. Familias enteras que aquel dia habian amanecido bajo el amparo de sus padres ó maridos, las unas disfrutando de opulencia, y otras gozando de abundancia en una honrosa mediocridad, ya quedaban aquella noche en unadeploable orfandad y miseria sin que en lugar de tantos como habian dejado de ser ricos, hubiese alguno que saliese de pobre, pues todos aquellos caudales que en manos activas é industriosas fomentaban el comercio y la minería, desaparecieron como el humo, sin dejar mas rastro que la memoria de una antigua prosperidad.....»

«La plaza y las calles estaban llenas de fragmentos de

muebles, de restos de los efectos sacados de las tiendas, de licores derramados despues de haber bebido hasta la saciedad; este se abandonaba á todo género de excesos, y los indios de Hidalgo presentaban las mas extrañas figuras, vistiéndose sobre su trage propio, la ropa que habian sacado de las casas de europeos, entre la que habia uniformes de regidores, con cuyas casacas bordadas y sombreros armados se engalanaban aquellos, llevándolas con los piés descalzos, y en el mas completo estado de embriaguez.....»

«Quiso Hidalgo hacer cesar tanto desorden, para lo que publicó un bando el domingo 30 de Setiembre; pero no solo no fué obedecido, sino que no habiendo quedado nada en las casas y en las tiendas, la plebe habia comenzado á arrancar los enrejados de fierro de los balcones, y estaba empeñada en entrar en algunas casas de mexicanos, en que se le habia dicho que habia ocultos efectos pertenecientes á los europeos. (2)

¡Lamentable extravio á que conducen las pasiones mal dirigidas! La pluma se resiste al trazar acciones que necesariamente arrojan el desprestigio en una causa noble, y precisamente en los momentos que despuntaba la aurora de la libertad de un pueblo: momentos solemnes en que los corazones debian abrirse para manifestar los hechos heroicos en el fondo de la generosidad y la justicia.

Como ya se deja dicho en el capítulo antecedente, Venegas apenas llegó á México el 14 de Setiembre, dos dias antes de que la revolucion estallase en Dolores; y aun antes de su llegada, ya tenia noticia de la conspiracion que se tramaba en Querétaro: tanto en una como en otra, habian tomado parte algunos oficiales de los pocos cuerpos que formaban el ejército vireinal, y aun en la que se ha-